

NECESITABA ACTUAR

Ella había nacido en el seno de una familia de clase media baja en la década de los años cuarenta. Chica despierta y con mucho interés, tenía aptitudes para haber llegado mucho más lejos en su formación pero, como era normal en su tiempo, solo estudió la educación primaria y un curso obligatorio de preparación para el hogar. En su adolescencia y juventud tuvo tres novios: el primero, un chico moreno de grandes ojos negros que la hacían temblar de emoción cuando cruzaban sus miradas, fue el que más le costó olvidar, de hecho, para sí misma, reconocía que siempre sería su gran amor; el segundo, un obrero de una empresa metalúrgica al que los domingos le gustaba salir de juerga con sus amigos, aunque antes, eso sí, salía con ella a pasear por la Avenida de los Geranios donde se encontraban la mayor parte de las parejas del lugar, finalizando la cita con la toma de un refresco en alguno de los bares de la Plaza Mayor, dejó embarazada a una conocida suya y se tuvo que casar; el tercero fue el más breve, apenas duró dos meses, sacó las oposiciones de administrativo y se fue a trabajar a una ciudad del sur. Más tarde conoció al que, tres años después, sería su marido tras contraer matrimonio por la vía civil. A ella y a su familia les hubiera gustado hacerlo por la Iglesia pero el futuro esposo se mantuvo firme en su decisión.

Él, todos los veranos y a tiempo completo desde que terminó la secundaria, había trabajado en las tierras familiares y, a la muerte de su padre, había heredado una buena hacienda, de excelente producción. No solía asistir a los actos religiosos y todo el mundo sabía que era un fiel votante de los partidos progresistas en una tierra en la que se producían con frecuencia, como si se tratara de una antigua tradición, asonadas militares para salvaguardar los intereses de los poderes fácticos de la nación.

Él no era un hombre refinado, más bien lo contrario: algo descuidado, de modales rústicos y socarrón. A ella se le iba la vida en vigilar que la criada cumpliera con las tareas del hogar, en comprarse ropa y zapatos y alguna que otra joya como correspondía a su distinguida posición y en compartir con las vecinas los chismorreos y habladurías sobre los acontecimientos que tenían lugar a nivel local.

- Por lo que más quieras, lávate bien las manos antes de sentarte a la mesa y quítate las botas en la puerta antes de entrar -profirió una voz con depurada técnica teatral desde el umbral de la puerta de la casa. Así comenzaba un soliloquio, donde los insultos, las risas, las mentiras, las torturas, los asesinatos, los aplausos de los espectadores, un inesperado accidente de coche y una anciana rota por el paso del tiempo y la falsedad

conformaban un esperpento que iba subiendo de tono, hasta llegar al grito final que desembocaba unos días en un llanto inconsolable y, otros, en una risa histérica y ronca. En cualquier caso el final siempre era patético, digno de la más disparatada alucinación.

Los vecinos, ya mayores, todas las noches escuchaban aquellos aspavientos, aquellos gritos, aquella desesperación. Callaban por temor, pero la maldición penetraba de forma brusca en sus entrañas y las llenaba de rencor.

Antonio y Marisa habían sido vilmente denunciados y asesinados en las viejas naves de la Escuela Militar. Una casa solariega, con una hacienda de doscientas hectáreas de cultivo y árboles frutales, cambió de la noche a mañana de propiedad.

Ella, actriz que había progresado de forma súbita en el ranking nacional, en los tiempos más oscuros de la censura, cuando se habían cerrado la mayor parte de las salas de teatro y cine del país, cada noche a las nueve en la capital tenía una función. Antaño joven y hermosa, colgada del brazo de su adinerado protector, paseando altiva de vez en cuando por las calles de la localidad junto al alcalde y su mujer, cerrando algunos restaurantes para que les atendieran de forma exclusiva a ellos y a su grupo de amigos durante las fiestas mayores que se celebraban después de la siega del cereal, ahora una anciana viuda en declive, con insomnio crónico y miedo a morir, seguía necesitando actuar. Los vecinos se aferraban al recuerdo, no querían ni podían olvidar. Olvidar sería como perder parte de su vida y caer en la indignidad.